



*Crónica del rey Juan II de Castilla. Minoría y primeros años de reinado (1406-1420)*, Michel García (ed.). Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 2017. ISBN 978-84-9012-854-1.

En el panorama actual de la cronística ibérica, con lagunas todavía por cubrir en algunos ámbitos como la Corona de Aragón o en algunos períodos como el reinado de Juan II de Castilla, se agradece sobremanera el trabajo que se reseña en este apartado, pues viene a subsanar precisamente este último aspecto. De hecho, puede resultar curioso al público no especializado que, a las puertas de la segunda década del siglo XXI todavía existan crónicas —sobre todo las producidas en torno a ambientes cortesanos— que no han sido objeto de estudio o con ediciones críticas ya un poco obsoletas. No en vano, las crónicas siguen sirviendo de base para una gran cantidad— mucho más de lo que se podría pensar —de estudios sobre la Edad Media y son objeto de discusión central en torno a las problemáticas ligadas a la escritura de la Historia en el Occidente medieval. Es pues de congratularse de esta publicación que se suma a las publicadas, con cuentagotas, a lo largo de estos últimos años.

En este caso, se trata de la *Primera parte* (que cubre de 1406 a 1420) de la llamada *Crónica de Juan II*. Si hasta la fecha solo había sido objeto de edición parcial —en 1982 salió a la luz póstumamente una edición a partir del trabajo que estaba realizando Juan de Mata Carriazo, relativo a los primeros años de esta *Primera parte* y que carecía de estudio preliminar, Michel García ha ofrecido a la prensa de la Universidad de Salamanca un trabajo que debe ser considerado con todos los rigores la edición crítica impecable que venía mereciendo la *Crónica de Juan II*. Se estructura, con este propósito, en dos volúmenes de los que el primero contiene un amplio estudio previo sobre la obra y parte de la crónica y el segundo culmina la edición con el restante texto, un glosario y unos índices que facilitan en mucho la labor de búsqueda de los investigadores que la usen.

Respecto al primer volumen, Michel García despeja la incógnita —aunque con las precauciones y presentando la propuesta como una hipótesis— de la autoría de esta *Primera parte*, indicando a Diego Fernández de Vadillo como posible autor, tanto por los cargos que ocupó como por la cercanía —y dependencia— del infante Fernando de Aragón y sus movimientos por el territorio peninsular. En este sentido, se apoya en los datos e interpretaciones aportados por el estudio al respecto de Francisco Bautista en 2012. Este misterio se desvela en el Capítulo VI, donde quizá lo que quede más claro es la no autoría de Ál-

var García de Santa María, quien se creía autor de las dos primeras partes de la *Crónica de Juan II* y que ahora queda aclarado que tal vez fuera autor —también hay dudas respecto a esto— de la *Segunda parte* —que cubre de 1420 a 1435—, perteneciendo a Fernán Pérez de Guzmán la redacción de la *Tercera* y última parte (que cubre de 1435 a 1454). Es decir, una crónica en tres actos de los cuales la inmediatez de la escritura provoca que se mencionen y destaquen hechos que, más adelante, otro cronista ignora por completo. Tal será el caso del interés que el posible cronista de la *Primera parte* Diego Fernández de Vadillo muestra por lo que sucede en la Corona de Aragón, en relación al reinado allí del infante castellano tras su proclamación en Caspe en 1412 y que Fernán Pérez de Guzmán deja en un segundo plano ante la centralidad en la narración de los acontecimientos del reinado castellano de Juan II.

Las fuentes para la redacción crítica de esta obra por parte de Michel García son el manuscrito localizado en la Bibliothèque Nationale de France en París (ms. Esp. 104, llamado *P*), utilizado como base de la crónica por ser el más antiguo, al que se le añade el contenido del manuscrito presente en la Biblioteca Capitular y Colombina de Sevilla (ms. 59-4-17, llamado *C*), a su vez copiado por Jerónimo Zurita cuya copia se encuentra en la Real Academia de la Historia de Madrid (ms. 9/462, llamado *Z*). La identificación de los testigos, su historia y las vicisitudes de cada uno, así como la descripción codicológica se detallan pormenorizadamente en los Capítulos I, II y VIII. Aprovecho este espacio para recordar la cantidad de manuscritos realmente interesantes y poco estudiados que se conservan en la biblioteca sevillana, especialmente para la cronística, como una copia de una de las crónicas de Pedro López de Ayala que se creía perdida.

Son de agradecer los Capítulos III y IV ya que, dentro de las ediciones críticas de crónicas, creo que representan una aportación harto interesante: detallar la manera en que se podría redactar una crónica casi de forma simultánea con los acontecimientos que narra, las dificultades que ello conlleva y las maneras de salvar estos inconvenientes. A efectos del estudio sobre la materialización escrita de la historia, resultan aspectos poco tratados y reveladores de un quehacer que parece atribuible únicamente al historiador contemporáneo, que incluso suele ser reacio a historiar el presente que vive. Tal esfuerzo invita a una reflexión sugerente que una frase de Michel García resume a la perfección: «Lo que más diferencia la tarea del cronista de la de un creador es el esfuerzo que exige reunir la información y trasponerla» (p. 47).

Cabe hacer un inciso sobre esta idea del cronista como historiador, ya que el proceso de construcción de una narración historiográfica cuando, en definitiva, no se sabe qué va a ocurrir después, supone un obstáculo que requiere mucha

destreza imaginativa y contextual. En primer lugar, el cronista debe imaginar cuál será el final de un determinado proceso, por lo que deberá tener prudencia a la hora de justificar determinadas acciones o comportamientos de determinados personajes. En segundo lugar, se corre el riesgo de señalar a alguien que haya podido caer en desgracia, para que unos años después, ese mismo personaje vuelva a la cumbre del poder, teniéndose que medir mucho las palabras. Este juego narrativo no tuvo que sufrirlo ni siquiera Pedro López de Ayala, cuyas crónicas, si bien contemporáneas en poco a los hechos, siempre tuvieron un margen de corrección y, además, fueron objeto de una revisión final por el propio cronista. Incluso en el caso de la *Crònica de Pere el Cerimoniós*, el hecho de estar siempre su redacción bajo la tutela directa del rey evitó que la narración tuviera que adivinar nada. Así pues, la destreza del cronista de la *Primera parte* de la *Crónica de Juan II* debe ser subrayada y admirada, más allá de las críticas que recibió su estilo narrativo, ya en el siglo xv, por parte de plumas tan reconocidas como la de Enrique de Villena.

Respecto a la edición crítica en sí, Michel García establece las pautas en el Capítulo IX, delimitando un *stemma codicum* que, aunque teóricamente simple, no deja de recoger el resultado de las investigaciones llevadas a cabo por el editor. Caben destacar las decisiones de tipo estilístico tomadas por Michel García, pues realzan el texto cronístico y facilitan su lectura, especialmente la elección de destacar cada capítulo internamente.

Sobre el texto de la crónica, dejo a los investigadores el placer de adentrarse en los vericuetos de la Corte castellana tras la muerte de Enrique III y la mayoría de edad de Juan II, así como los entresijos de la acción política de Fernando de Aragón antes y después de ser rey de la Corona. La información que este texto aporta, siempre tamizada por el espíritu cronístico de narrar verdades bajo ciertos prismas, será de gran utilidad para todos los que nos dedicamos al estudio de este período. Cabe terminar felicitando a Michel García por su esfuerzo —siempre continuo— en clarificar la historia de la península Ibérica en la Baja Edad Media.

Francisco José Díaz Marcilla

*Instituto de Estudos Medievais / FCSH / U. Nova de Lisboa*

*fdiaz@fcsh.unl.pt*

<https://orcid.org/0000-0002-2651-1664>